

## Presentación de fray Vicente Rubio Sánchez, O.P., con motivo de la entrega del “*Canoabo de Oro 1986*” \*

María Ugarte España \*\*

La Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores me ha encomendado hacer una semblanza de fray Vicente Rubio en ocasión de serle entregado esta noche el “*Caonabo de Oro 1986*”, correspondiente a un escritor nacido en el exterior. Una tarea que me honra y que además me complace enormemente por tratarse de una persona a quien respeto, admiro y estimo. Y con cuya amistad cuento, para satisfacción mía.

Ahora bien, presentar al padre Rubio podría parecer innecesario. Muchos años lleva viviendo entre nosotros, sintiéndose parte de nosotros y trabajando sin descanso para nosotros. Todo el mundo conoce las virtudes y las sobresalientes cualidades de este fraile de aspecto bonachón, de temperamento abierto y optimista; liberal y comprensivo con los otros; estricto y exigente consigo mismo; y además, humilde, de una humildad que a veces desconcierta. Pero esta modestia infinita suya, que le hace eludir hablar sobre su

---

\* Inédita. Leída en ocasión del otorgamiento por la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores del galardón “*El Caonabo de Oro 1986*” a fray Vicente Rubio Sánchez, O.P., en acto solemne celebrado la noche del 11 de septiembre de 1987 en el Salón de la Cultura del Teatro Nacional.

\*\* Historiadora, profesora universitaria y académica supernumeraria de la Academia Dominicana de la Historia.



persona, me brinda hoy la oportunidad de aportar algunos datos que tal vez muchos de ustedes desconocen.

Lo sentimos tan nuestro que olvidamos que hay en su vida una familia, un lugar de nacimiento, unas actividades previas que fueron la base sobre la cual formó su personalidad. labró su cultura y se entregó a la religión. Y yo me voy a permitir, no obstante sus reparos, a revelar algo de todo esto, para que coloquemos a nuestro personaje en su real entorno a partir del principio.

Nació Vicente Rubio hace 65 años en Béjar, en la provincia de Salamanca, España. Béjar es una ciudad industrial, y son famosos los textiles que en ella se fabrican. También es conocida por el ducado que lleva su nombre, nobleza que viene del siglo XV y que posee allí un palacio-castillo, recio y señorial. La Virgen del Castañar, patrona de Béjar, es una linda imagen vestida con rico atuendo y no faltan algunas iglesias que se remontan al período gótico o al Renacimiento. El padre Rubio ama su ciudad natal, sus paisajes de montaña, sus edificios, sus calles y sus plazas, su actividad fabril, su historia....

Allí vivió su infancia, su adolescencia y los primeros años de su juventud. Su padre y su madre eran obreros. El padre militaba en el partido socialista y se destacaba como orador político. También su madre, que siempre participaba en las actividades del esposo, sorprendió a todos un día al tomar la palabra en un acto público revelando con su intervención fogosa y electrizante, sus extraordinarias dotes de oradora. No es raro, pues, que el padre Rubio posea abundantemente ese don de Dios que es la elocuencia.

Vivió Vicente Rubio en el seno de esta familia sana, honrada a carta cabal, respetuosa de Dios y trabajadora, hasta que sus progenitores decidieron enviarlo a Salamanca para



que siguiera el bachillerato. Terminada la enseñanza secundaria, iba a comenzar la carrera de Derecho cuando llegó la vocación. Hasta ese momento, su vida era la propia de un joven de su edad. Le fascinaba el baile y estaba bastante alejado de las prácticas religiosas. Sintió la vocación al comprobar que una fuerza irresistible le atraía hacia Dios. Hasta entonces ignoraba la importancia de la oración, pero el Señor, dice él, le enseñó a orar en soledad.

Antes de adoptar una decisión definitiva, hizo un examen detenido de su vida anterior, ahondó en ella y fue a consultar con su confesor, preguntándole si aquello tan grande que él sentía era o no vocación. El sacerdote le respondió afirmativamente y le recomendó buscar adónde ir. Luego de serias reflexiones, escogió la Orden de Predicadores porque era la que más se ajustaba a su pasión por el estudio y, probablemente, donde sabía que habría de poder ejercitar sus dotes de orador. No hay que olvidar que la predicación y el estudio están entre las obligaciones de regla de los dominicos.

A los 22 años profesó en la Orden de Predicadores en una solemne ceremonia celebrada en Salamanca. Transformado en un joven y piadoso fraile, siguió la carrera de Filosofía en la Universidad de Salamanca y después la de Teología e Historia de la Iglesia. Cursó además estudios de Historia de España e Historia Universal. Con una cultura vastísima que incluía el dominio del latín y el griego, el conocimiento fluido del francés y hasta la música (tocaba flauta, piano y batería y fue director de coros) fray Vicente Rubio, al ser destinado a Valladolid se dedicó a la predicación. Recorrió España predicando. Y a la vez practicaba otra actividad que le apasionaba, y que le sigue apasionando: la investigación histórica. Escribió trabajos sobre Historia Medieval, sobre la expansión de la Orden de Predicadores y, naturalmente, sobre su ciudad natal, Béjar.



En 1954 es destinado a Santo Domingo adonde llega el 29 de agosto de ese año junto a los frailes de la misma orden Armando Tamargo y Acacio Fernández. Jóvenes los tres, cultísimos, trabajadores, inteligentes, comprensivos y, sobre todo, humanos, pronto conquistan el respeto y el cariño del pueblo dominicano. Los dominicos retornaban al país luego de más de un siglo de haberse visto obligados a abandonarlo. Y ocuparon el Convento de la Orden, varias veces centenario.

Ya nos encontramos en terreno conocido. Muchos deben recordar los primeros años de fray Vicente en la República, cuando el joven religiosos volvió a cursar la carrera de Filosofía, esta vez en la Universidad de Santo Domingo, donde ganó el premio Aristides Fiallo Cabral.

Paralelamente a su constante y consagrada labor apostólica, en la que su oratoria brilla en forma esplendorosa, ha sido profesor en liceos y universidades; actualmente lo es en la Universidad Católica Santo Domingo, de la que es cofundador.

Vivió intensamente la época de oposición al régimen de Trujillo y ayudó a mucha gente que padecía persecución y cuya vida corría peligro en aquellos días aciagos.

Durante largos períodos, el padre Rubio se ha ausentado del país para investigar, en el Archivo General de Indias, de Sevilla, y en el Archivo Vaticano, en Roma, la Historia de Santo Domingo y la de los inicios de la iglesia dominicana. Allí trabajó arduamente con antiguos legajos de amarillentos folios e intrincada escritura, haciendo acopio de datos importantísimos sobre el pasado colonial de Santo Domingo.

Su residencia en esta ciudad ha estado compartida entre la parroquia y Convento de Santo Tomás, donde por segunda vez es ahora superior, en el viejo cenobio dominico de la ciudad intramuros, pleno de recuerdos y con una de las más bellas iglesias de la urbe capitala.



Entre las muchas aportaciones intelectuales que el padre Rubio ha hecho al país está el haber esclarecido la verdad sobre el escudo de la ciudad de Santo Domingo, el cual, como resultado de su estudio, fue modificado oficialmente por Decreto del 2 de diciembre de 1975.

También investigó a fondo el escudo de la Orden Dominicana, que figura en el de la Ciudad Primada de América.

En los años 1978 y 1979, la Fundación García Arévalo publicó, respectivamente, dos monografías de fray Vicente, titulada la primera *Datos para la historia de los orígenes de la ciudad de Santo Domingo*, y la segunda *Las casas morada del secretario Diego Caballero*, basadas ambas en documentos originales del Archivo General de Indias, especialmente en expedientes de procesos judiciales.

La lectura de estos trabajos es apasionante porque revela aspectos desconocidos de la historia de los primeros años de la colonización española en Santo Domingo y porque están escritos con una prosa galana y movida, utilizando una técnica expositiva que recuerda la literatura de suspenso. En ellos el padre Rubio describe con donaire escenas de la vida cotidiana; por ejemplo, un episodio ocurrido en el año 1523 en el que un chantre aristócrata y tres importantes personajes de la colonia, protagonizaron un lance en el que utilizaron extravagantes armas, como un pavoroso montante con el que uno de ellos dio muerte al acompañante del chantre. Una dama, que luego de viuda no dio buena cuenta de su honra, fue el motivo del sonado escándalo. Otros muchos episodios pintorescos y humanos salpican las páginas de estos concienzudos trabajos de fray Vicente publicados por la Fundación García Arévalo.

Desde el año 1979 publica regularmente en el Suplemento Sabatino de *El Caribe* enjundiosos artículos sobre la historia colonial dominicana, basados, en su mayoría, en sus



investigaciones en el Archivo General de Indias. Biografías de monumentos, revelaciones sobre personalidades, estudios sobre calles y edificios de la Ciudad Primada. datos acerca de las personas que acompañaron a Cristóbal Colón en sus viajes a La Española, análisis de las bibliotecas que tenían algunos importantes moradores de la urbe, informes acerca de escudos ostentados en algunas casas, son sólo algunos ejemplos de los temas abordados en los trabajos del fraile dominico.

Es asombroso como logra fray Vicente presentar en forma amena unos artículos que podrían ser áridos, sino fuera por el hálito humano que insufla a sus personajes, a sus ambientes, a sus descripciones de las costumbres de una sociedad abigarrada con toda su carga de ambiciones, de vicios y virtudes.

Con un estilo castizo, con un vocabulario riquísimo, y a menudo con un fino sentido del humor, el padre Rubio ha conseguido familiarizar a sus lectores con el lejano y fascinante mundo de la colonia.

Pero nada de esto podría hacerlo en la forma magistral en que lo hace, sino fuera porque Santo Domingo es para él la ciudad de sus máximos amores. Y la conoce palmo a palmo, piedra a piedra, y en cada rincón de sus viejos edificios y en cada ruina venerable, siente palpitar su historia, escucha los latidos de su corazón, revive con el recuerdo a sus moradores y reconstruye con su imaginación los acontecimientos ocurridos allí hace ya muchos años...

Por eso, yo considero que este gesto de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores de otorgar a fray Vicente Rubio el Canoabo de Oro, es algo así como un gran y merecido homenaje de reconocimiento de la ciudad de Santo Domingo a este ilustre investigador de su pasado.

